

Crónica 5: Chapora, Anjuna y Vagator (traducción del original en catalán)

Caminamos hasta la parada de autobuses estatales de Panjim, con la idea de llegar a las playas del norte de Goa. Habíamos leído que no había ningún autobús que hiciera este trayecto directamente, pero que podíamos llegar hasta Mapusa y desde allí a cualquier rincón del mar. Hacían obras en la carretera, un montón de chicos sudados, con la espalda al descubierto, y encorvados sobre sí mismos, desmenuzaban la carretera a golpes de pico, unas jovencitas con los saris atados entre sus piernas, recogían la arena en unas palanganas de aluminio, y se la llevaban cargándolas en sus cabezas. Mapusa es la capital del distrito Taluka de Bardez y se encuentra a sólo 13 kilómetros al norte de Panjim, tiene un aspecto de desolación y dejadez, los edificios coloniales se han doblado con el paso del tiempo y muestran una triste imagen de abandono; tejas, bigas y balcones conviven a ras de suelo, apuntalados por troncos de caña. Jardines llenos de maleza, puertas de madera abombadas, y un polvo gris terroso, cubre todas las fachadas. Rompiendo este paisaje monocromático, se levantan majestuosos y coloridos, unos templos hindúes; limpios, brillantes y bien olientes, protegen ostentosamente a un conjunto de divinidades. Desde la entrada, no adivinamos de qué dioses se trata, pero gozamos de su brillo, del reflejo de las lucecitas en el suelo de mosaico y del olor a incienso que se esparce.

La estación de autobuses es una aglomeración de personas que andan cargadas y con prisas, de vehículos que se tambalean esquivando los agujeros y baches del camino, de vacas que yacen agotadas, de puestos apretujados de flores, frutas y verduras, y de ágiles chiquillos gritando incansablemente nombres de ciudades.

Hay decenas de autobuses que llegan cargados y marchan todavía más apretujados, todos llevan un pequeño cartel donde hay escrito con tiza y en hindú los nombres de su última parada, no hay ninguna parcela definida pero parece que todos saben exactamente cual es su lugar de aparcamiento. No nos dejan andar, perdidos en el inmenso descampado entre gritos y bocinazos, nos abordan a cada paso para saber nuestro destino, ¿nos quieren ayudar o estorbamos? Nos empujan hasta el autobús que asciende hacia las playas del norte. Hace poco más de media hora que viajamos, y hemos parado en un cruce de caminos, han descendido los pocos pasajeros que quedaban en el interior del autobús, nos han cobrado diez rupias y nos indican que ésta es la última parada.

Andamos adormecidos siguiendo la calle de tierra rojiza que desciende hacia el poblado, nos envuelve una naturaleza exuberante; largas palmeras cargadas de cocos, inmensas flores rojas que cuelgan de matojos y un ruido de algo que se mueve y hace agitar las hierbas secas a ambos lados del camino. Contemplamos atónitos el cuerpo brillante y sin vida de una serpiente enrollada entre la maleza.

El cielo está atestado de pájaros que vuelan en círculos y se precipitan intrépidos hacia abajo, emitiendo unos sonidos ensordecedores que se confunden con los que provienen de la selva. Pasamos por delante de una barraca de cemento abandonada y de unas cabañas que parecen levantadas con hojas de las palmeras. Escondido en medio de esta fauna, encontramos un espectáculo confuso, entre matojos altos y palmeras, se levantan unos barracones de madera pintada, llenos de luces de colores, donde ofrecen bebidas y marisco, este primer recodo, parece que da a la calle principal, la única de esta localidad. Hay una hilera de motos aparcadas delante de lo que posiblemente sea una taberna tropical. Una abuelita está sentada con una cerveza en la mano y habla pausadamente discerniendo con sus discípulos, posee bastante cabellera y lleva unas “rastras” fascinantes que empiezan en medio de la cabeza y terminan en la cintura, sus carnes blandas, sobresalen por entre la camiseta, y se pueden adivinar una serie de tatuajes desfigurados, en los pliegues de la piel. Una inmensa mancha de sudor o de cerveza, pega la camiseta sobre sus pechos alargados que reposan sobre el estómago, entre pocos dientes amarillentos que se alzan tras los labios, cuelga un cigarrillo

humedecido, apagado y olvidado en aquel rincón de la boca. Los oyentes son una copia rejuvenecida de su imagen, son las doce del mediodía y el ambiente es decadente. Una pareja embriagada de sol y alcohol ha montado en una moto con la botella de cerveza en la mano, han arrancado ruidosamente entre gritos y delirios de grandeza, y han desaparecido a gran velocidad tras una polvareda, rompiendo por unos instantes los misteriosos sonos de la naturaleza más salvaje que rodea la taberna. Un chico de habla hindú se nos ha acercado tambaleando y con movimientos ralentizados; llevaba un ojo amoratado y apenas podía verbalizar, la cara flácida, los labios relajados y la lengua de trapo, eran lo que quedaba de su viaje alucinante. Nos ha ofrecido algo que no hemos podido entender pero que sí hemos intuido.

Siguiendo por el mismo camino, hemos llegado al puerto de pescadores, pequeñas embarcaciones flotaban sobre el río entre escombros y peces muertos, de los que los pájaros hacían un festín. Nos sentamos para consultar el mapa, y un pescador nos ha indicado que nos encontramos en la desembocadura del río Chapora, nos ha señalado un camino que rodea una inmensa fortaleza y que nos conduciría a Vagator. Apareciendo de entre las palmeras, hemos salido a la calle principal, se ha detenido un chico con una motocicleta, y sin apearse, se nos ha presentado como un enviado del gobierno, nos ha hecho rellenar una encuesta en la que debíamos puntuar del uno al diez la calidad de los servicios que ofrecía el estado de Goa. La calle está asfaltada, y a ambos lados se levantan pequeñas barracas de hojas de palmera, engalanadas con luces tenues que ofrecen comidas, bebidas y billares. Casetas de cemento que tienen habitaciones para dormir o pequeñas cabañas para alquilar, e incontables puestos de venta de ropas de colores con cristales incrustados, brazaletes, telas, bolsos y lámparas de ropa. Mostradores con postales y chocolatinas, y barracas con teléfono y conexión a Internet. Es una extraña combinación de pequeños negocios surgidos entre la más salvaje naturaleza. Mientras recorremos la calle principal, nos llaman ofreciéndonos multitud de productos, al final de la calle, están los hombres que alquilan motos; antiguas Enfields, las autóctonas Rajoot, y vespas de todos los tipos. Sin parar de andar, atravesamos un mercado de frutas, jugo de caña de azúcar, sandalias, bolsos y piedras esculpidas, que únicamente son compradas por turistas locales que llegan de otros estados en repletos autocares, siguiendo un recorrido estricto y fatigoso que sólo les deja gozar del entorno poco más de media hora. Bajan más ansiosos de fotografiar a la comunidad extravagante de viajeros que nos reunimos aquí, que de bañarse en las aguas del mar arábico en plena puesta de sol. La primera vez que nos pidieron si nos podían hacer una foto, hubo un malentendido y creíamos que querían una foto todos ellos juntos; pero de repente, nos rodearon y nos fotografiaron de arriba abajo, alejaron descaradamente a Francisquet, y empezaron a dar gritos de júbilo al haberse fotografiado junto a una chica descolorida que mostraba piernas y muslos, nos ocurre tan a menudo que si hacemos pagar cinco rupias por foto, a lo mejor se nos alarga la estancia.

Es muy curiosa esta fascinación mutua en retratarnos los unos a los otros, ellos retratan chicas ligeras de ropa, y nosotros chicas recubiertas con saris.

La carretera queda cortada de golpe y decenas de personas se sientan al borde del pequeño precipicio mirando al sol y al mar. Las playas son de una arena gris ceniza, las piedras tienen un color negro chamuscado y rojizo, y las palmeras se levantan majestuosas cargadas de cocos de agua, todas llevan un número pintado, pero desconocemos la finalidad. Desde arriba del mirador, puedes bajar a las playas; la de Ozran Vagator beach es la menor, la arena es fina y compacta y miles de cangrejos corren a esconderse en sus agujeros, las vacas pasean pausadamente y los perros descansan sobre la arena caliente, hay venta ambulante de ropa, colgantes, bebidas y marihuana. Sobre la playa se levanta una fortaleza de tierra rojiza que ha sido conquistada por los amantes de la fiesta, es la Disco Valley, y al atardecer sobre las cinco, acompaña a la puesta de sol una música tecno hipnotizante que se escucha inevitablemente por todos los rincones del pueblo hasta altas horas de la madrugada.

Desde la playa grande que queda al otro lado del mirador, puede llegarse a la fortaleza de Chapora, construida por los portugueses en el año 1617. Antiguamente era un reducto musulmán, de aquí el origen del topónimo Chapora, “Shahapura”, o “ciudad del Sha”. Abandonada en el siglo XIX ahora es una ruinoso pared de piedra roja y ferrosa que circunda todo el altiplano, es un placer descansar unos instantes sobre estas piedras históricas y observar cómo desaparece el sol bajo una nebulosa rosa, y cómo brilla con intensidad la luna sin esperar a que se oculte el sol; oír los gritos de los animales, observar cómo se pelean las aguas del mar con las del río Chapora, ver las espumantes olas al chocar con fuerza contra las rocas, como empiezan a encenderse pequeñas lucecitas entre la espesa selva y como humean las cabañas. Al anochecer se mezcla el olor de incienso, de coco quemado y de hierba ahumada, andas a oscuras bajo la luz de la luna guiado por pequeños farolillos que cuelgan de las barracas; estás cautivado, inmerso en un eterno fragor que mezcla los ruidos incansables de las motos, la música tecno y los sonos de los animales. Es el paraíso de las bellas y las bestias llegadas de todo el mundo buscando los pequeños vestigios que la filosofía hippie esparció por estos parajes en sus épocas de esplendor. Pero del amor libre y de la vida en comunas bajo las palmeras de unos aparentes seminómadas, solo quedan las fiestas a la luz de la luna. Las pequeñas comunidades de pescadores locales, han colgado las redes y se dedican a satisfacer los caprichos de estos recién llegados. Casi todas las familias alquilan habitaciones, motos, barcas, taxis, cocinan, lavan la ropa, venden cacharros, hacen masajes ayurveda y te ofrecen cualquier tipo de droga. Parece ser que las fiestas de Navidad atraen a muchos viajeros hacia estas comarcas, pero los de la localidad, están preocupados porque cada año es menor la demanda y ya no pueden hacer su “agosto”; desde los [atentados](#) de Bali y desde que el gobierno de Goa se muestra más exigente, condenando el nudismo y la venta de sustancias alucinógenas, los visitantes han menguado, dejando al descubierto un lamentable espectáculo de nuevas inversiones abandonadas sin terminar.

Los posibles compradores andan escasos y cruzar la calle principal es toda una aventura, todo el mundo te quiere endosar sus productos, estamos tan acostumbrados a decir: “no thank-you”, que hoy nos han preguntado si acabábamos de levantarnos y sin querer y por inercia, también hemos contestado “no thank-you”.

Hemos conocido algunos chicos jóvenes que vienen por aquí ha hacer la temporada y luego vuelven a casa. Unos chicos de Mumbai que venden figuras de piedra en la playa durante tres meses y el resto del año están en sus casas puliendo nuevas formas. Paramananda Mahmoud, tiene nuestra edad y hace poco más de diez días que ha cortado la relación con sus familiares por desavenencias religiosas, su padre lo ha expulsado de casa e incluso se ha cambiado el apellido. Trabaja en un “chiringuito” de la playa por cuarenta pesetas al día, el pasado mes, trabajaba como diseñador gráfico en Dubai rodeado de toda clase de lujos, dice querer desprenderse de todas las ataduras materiales y ser feliz con sus diez rupias, sus dibujos y sus fiestas.

Vinop Thakur es un chico muy joven, tiene una expresión vivaz y alegre, los cabellos rizados y los labios carnosos, habla un inglés-hindú haciendo un tartamudeo muy peculiar. Trabaja por temporadas en el “Two brother’s ressort”, y desde que fuimos allí a comer un día, cada vez que pasamos por delante nos para unos momentos para saludarnos; nosotros habíamos comentado que sentía añoranza de su casa, siempre nos habla con nostalgia de su hogar. El otro día salió a nuestro encuentro en medio de la calle y nos comentó casi susurrando que había recibido noticias de su casa, que el gobierno había aceptado una solicitud de trabajo y volvía con los suyos para trabajar de informático; estaba tan contento que quería que le prometiéramos visitarle en su casa de Sagar, cuando lleguemos a Madhya Pradesh.

Varma esta sentado panza en gloria, saboreando su copa de whisky, tendrá unos cincuenta años y después de observar cómo cenábamos, nos explica sin moverse de su silla, que él es de Kerala, pero que vive en Goa para no sudar tanto. Posee un negocio de alquiler de

habitaciones de lujo en Calangute, y que los humanos no podemos negar que el dinero es vida, que él ya lo vislumbró desde muy joven y que ha invertido y trabajado duro, y ahora recoge los beneficios. Ha viajado por todo el mundo y le han curado el asma en una clínica de Suiza, vive en una habitación de su hostel y se dedica a hablar con la gente, dice que sólo bebe alcohol nueve meses al año, y los otros tres descansa - porque hay que cuidar la salud -. Caminábamos distraídos calle abajo cuando de pronto nos hemos emocionado al oír un habla conocida, nos presentamos apresuradamente, él se llama Toni y su hija Violeta, viven en Mallorca, en el pueblo de Campanet y viajan por toda la India conociendo el país y buscando productos para vender al mercado de Sineu; ha sido todo un gozo el podernos expresar en catalán sin tener que hacer ningún esfuerzo añadido para comprendernos, hemos intercambiado cuatro anécdotas que nos unían como foráneos en estas tierras, nos deseamos suerte, y continuamos nuestro camino.

Cada miércoles hay mercado en Anjuna, el pueblo de al lado, y se llama “flea market” o mercado de las pulgas, cogemos un autobús a media mañana y llegamos en diez minutos. Ante nosotros se extiende bordeando el mar y todo lo que alarga la vista, un laberinto de caminos hechos por toda clase de puestos de venta mostrando todos sus productos, telas de los dioses hindúes, collares, colgantes, especias, alfombras, polvo de colores para decorarte la frente, ropas... una explosión de colores, personas y olores inmersos en el arte del trapicheo. Encantadores de serpientes, Shadus que peregrinan con sus vacas santonas, señoras lamani decoradas de la cabeza a los pies al estilo tradicional de Karnataka; viajeros descamisados, vagabundos perdidos o luciendo sus dones musicales en las pequeñas tabernas improvisadas por entre las paradas del mercado, vendedores de motos y niños y niñas hijos de unos u otros, jugando y correteando entre los mayores.

Cansados de tanto trajín, nos sentamos un rato cerca de las olas del mar, una niña andaba de punta a punta de la playa, con una plata llena de cebolla rebozada y pastelitos; cuando la vaciaba, corría hasta su casa haciendo tintinear alegremente el monedero que llevaba colgado del cuello, y volvía a aparecer al cabo de poco con la plata llena nuevamente de alimentos. Unas niñas que vendían collares de madera, se han entretenido con unos niños que jugaban con la arena, una imagen impactante donde se une la infancia y aparece y desaparece un pequeño adulto prematuro.

Nos hemos despistado completamente y ya ha salido el último autobús hacia Vagator, bien animados, decidimos recorrer el camino a pié, pero la mala orientación, por poco nos lleva a Mapusa. Un señor nos ha recogido con su moto, una Rajoot de los años ochenta, y nos ha cargado a los dos por treinta rupias hasta el pueblo. Nadie lleva casco, y cargar la moto con tres o cuatro personas, es de lo más habitual, hemos visto niños de diez años desplazarse arriba y abajo conduciendo ellos mismos las vespas, las calles no están iluminadas y algunas motos van sin luces; descrito así, cualquiera podría quedar alarmado, pero se conduce con una agilidad y prudencia extremas.

No podíamos despedirnos de Vagator sin pasar por Primrouse, no sabíamos lo que allí íbamos a encontrar, pero desde que llegamos que oímos hablar de este mítico punto de encuentro de viajeros, y nos llenaba de curiosidad. Nos imaginábamos que sería una especie de pub inglés o algo por el estilo, pero nos hemos encontrado en el mismo centro de un recinto apocalíptico; una muralla de tierra rojiza rodeaba todo el patio, unas cuevas pintadas de colores fluorescentes, enmarcaban el local, sillas, mesas y bancos de piedra esparcidos por el jardín de piedras. En lo alto de un entarimado y bajo unas palmeras de colores, el discjockey pinchaba ausente una música tecno de ritmos sensuales y repetitivos, descalzos, bajo un pequeño bosque de árboles fosforescentes, un grupo de chicos y chicas movían sus cuerpos desposeídos de la mente, gente sentada bajo las palmeras gozando entre nubes de humo oloroso. Nos ha quedado caricaturizada la imagen de dos jovencitos de rasgos asiáticos sentados con la cabeza apoyada en el potente altavoz, y lejos de quedar sordos, habían

encendido un artilugio cónico en forma de ele, y aspiraban sin parar entre emanaciones de humo blanco; quedaban completamente ocultos por el humo que se desvanecía de vez en cuando, uno de ellos se atragantaba y dejaba de succionar mientras expectoraban. De regreso a casa nos ha llamado la atención una tienda de libros viejos que permanecía abierta a altas horas de la noche, había un señor de cabellos blancos, sentado tras el mostrador bajo un cartel de Rainbow bookshop, tenía las cejas espesas y los ojos pequeños, miraba fijamente la televisión. Entramos a echar una ojeada, sólo tenía cuatro libros escritos en español; El Señor de los anillos, un libro religioso y un par de novelas rosa. Casi inclasificado, escondido entre libros italianos y españoles, hemos encontrado la traducción catalana realizada por Feliu Formosa del libro Demian de Hermann Hesse, emocionados hemos pedido al librero por la procedencia de aquel ejemplar, pero dice no saber nada, él sólo vende i compra y hace cambios a su favor, si llevas dos libros, te los cambia por uno. Lo abrimos con mucho cuidado, oliéndolo, buscando alguna inscripción, pero nada.”... Mire el fuego, mire las nubes, y tan pronto vengan los presentimientos y empiecen a sonar las voces del interior del alma, déjese llevar, y no pregunte primero si aquello sentará bien o gustará al señor maestro o al señor padre o a cualquier dios. Es así como podemos estropearnos. Es así como subimos al borde y nos volvemos fósiles. Estimado Sinclair, nuestro dios se llama Abraxas y es Dios y es Satanás, tiene en su interior el mundo luminoso y el mundo oscuro. Abraxas no tiene nada que objetar a ninguno de sus pensamientos, a ninguno de sus sueños. No lo olvide. Pero le abandonará si un día te vuelves normal e irreprochable. Te dejará y buscará otra olla para cocer sus pensamientos...”

Felices fiestas!!!

Olga&Fraz

El reportaje: Entre dioses

El hinduismo es un conjunto de prácticas y creencias “dharma” seguidas por el 85% de los hindúes. Comprende leyes morales y naturales y define un estilo de vida estrictamente sujeto a unas pautas de orden natural, prescribe las metas personales y obedece a las exigencias de la sociedad. No hay fundador, ni profeta, ni un único creador, reúne a centenares de dioses y diosas, creencias, prácticas y filosofías variadas. Con la información recogida en la guía, en Internet y del día a día, os obsequiamos con una lectura agradable y curiosa que describe algunos rasgos de las divinidades más populares de la India.

Vishnu “ el que se extiende”, es el encargado de mantener el orden mundial, él conserva, restaura y protege. Su piel es azul y normalmente lo dibujan bajo una serpiente o flotando sobre el mar, se desplaza encima de Garuda, un ser medio hombre y medio águila. Con sus cuatro brazos aguanta una flor de loto, una maza, una concha y un disco. Se ha reencarnado varias veces sobre la tierra, los Vaishnavitas hablan de nueve reencarnaciones: como pez, tortuga, hombre-león, enano, brahmán, Rama, Krishna y Balaram. El próximo descenso de Vishnu sobre la tierra, será cómo Kalki, el salvador que devolverá la pureza y destruirá a los malvados.

Shiva nunca se ha reencarnado en la tierra y tiene diferentes representaciones, como señor de la danza, gran dios, señor divino y fuente de todos los conocimientos. Es venerado como el origen de todo el universo. Lo dibujan cubierto de serpientes y con un tercer ojo en la frente, siempre lo acompaña su toro Nandi y su amiga Shakti, que es la energía vital y le transmite el

poder. Se le conocen muchas proezas eróticas, y en los templos se le venera como el “lingam”, o símbolo fálico, que descansa en el interior de los genitales femeninos”yoni”.

Ganesh es el dios con cabeza de elefante, es el hijo primogénito de Shiva y Parvati. Es venerado con mucha simpatía, es gordito y sonriente, y se le invoca antes de emprender cualquier aventura. Popularmente se le conoce como Gambati y lo dibujan sentado sobre un trono o una flor de loto, cogiendo con los cuatro brazos un disco, una concha, un plato de caramelos y un lirio de agua, se desplaza sobre una rata. En la entrada de los templos, de las tiendas y de las casas, siempre colocan su imagen como símbolo de éxito, prosperidad y paz. Nosotros también hemos comprado unas cuantas pegatinas para pegarlas en la mochila.

Durga es la peor de todas las divinidades, siempre encarna a diosas terroríficas ansiosas de matar demonios, también representa algún aspecto de Parvati, la mujer convencional, bella y fiel que a veces acompaña a Shiva. Durga es representada con diez brazos, soportando la cabeza de un demonio, una lanza y otras armas. A veces pisotea demonios o baila sobre el cuerpo de Shiva, un collar de calaveras le oprime el cuello, y le cuelga la lengua de la boca, entre regueros de sangre.

Lakshmi encarna al belleza y el encanto y es la diosa de la prosperidad y la riqueza. Es la compañera de Vishnu y aparece a su lado en sus diversas reencarnaciones terrenales. Los principales “avatars” son como Sita, esposa de Rama, y como Radha la bailarina cuidadora de vacas deseada por Krishna. También es representada como a Lakshmi Narayan formando una unidad con Vishnu, mitad hombre, mitad mujer.

Karttiheya es el segundo hijo de Shiva y Parvati, es el dios de la guerra y lo dibujan con seis caras, en pie con un arco y una flecha. Le mandan sus plegarias los fieles que desean descendencia masculina.

Hanuman es el gran dios mono que aparece en la conocida epopeya de Ramayana ayudando a Rama a luchar contra el rey de Lanka. Es el dios de los acróbatas y de los luchadores, también se le conoce como el primer autor de la gramática sánscrita.

Saraswati es un dios con poderes destructores emparentado con el planeta Saturno, es muy temido y venerado a la vez. Lo dibujan todo de negro con una inmensa lengua roja y lo cuelgan en las esquinas de las calles, cada sábado en la entrada de las casas y de las tiendas, se cuelga unas tiras de chiles verdes y limones para ahuyentar sus malas influencias.

Khamdenu es la vaca sagrada, venerada con el respeto con que tratan a todas las vacas en la India. A veces se interpreta la vaca como la madre de todos los dioses, sus cuernos son los dioses, su cara el sol y la luna, su espalda el dios del fuego y sus piernas las montañas de Himalaya. También se atribuye la santidad de las vacas a la leyenda de Brahma, que las creó para que los brahmanes tuvieran manteca pura para sus ceremonias sacerdotales. Actualmente aún utilizan los excrementos de las vacas para construir casas, y su orina, para alejar a los insectos.

Consejos y curiosidades

El Bhang lassi es una bebida de yoghurt líquido con marihuana desmenuzada, sólo se sirve tres días al año, durante las festividades que rememoran las proezas eróticas de Shiva. Un vaso de Bhang lassi puede costarte unas 100 rupias. En los templos y en las casas particulares

le gente acomodada la ofrece gratuitamente a sus amigos como símbolo de alegría y festividad.

Olga&Fraz